

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS **y LA MALDICIÓN DE MIKECRACK**



1. EL CUMPLEAÑOS DE TROLLI

-¡Bienvenidos a bordo, queridos amigos! —bramó Rius, contento como no lo había estado en mucho tiempo de ver a los Compas a bordo.

No había nadie que no se sintiera alegre. El capitán saludó a los recién llegados dándoles ruidosas palmotadas en la espalda (o en el lomo, en el caso de Mike). Sparta prefirió estrechar manos (o patas). En cuanto a Invíctor... Bueno, dio unos abrazos tan fuertes a sus tres camaradas que los dejó más apretados que un limón en una exprimidora.

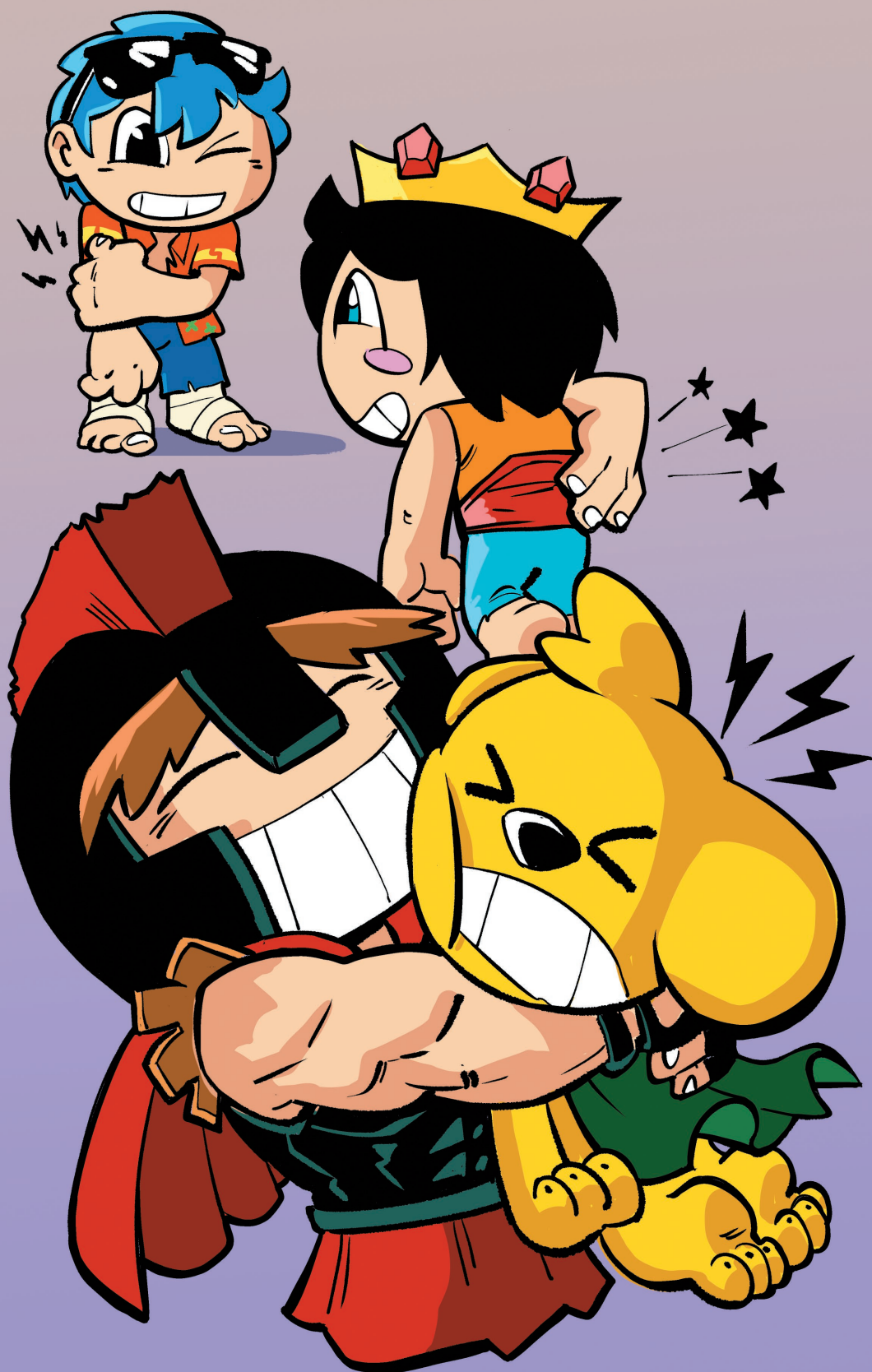
—Cada día estás más fuerte... Ay —se dolió Mike—. Dame algo de comer o me desmayo.

—¡Hay comida de sobra, por todos los rayos! La hemos traído desde Tropicubo. Ensalada de piñacubo, tortilla cúbica, cubopatatas... ¡Y más cosas! ¡Por supuesto! ¡La tarta de tu abuela, Trolli, que llegó hace bien poco!

—A ver, a ver —Trolli se mostraba realmente entusiasmado—. ¡Qué buena pinta tiene!

—Sí, aunque también es un poco rara —observó Raptor—. ¿De qué está hecha?

—¿La tarta de mi abuela? ¿De qué va a ser? ¡Pues de lentejas! ¡Es mi favorita!



Todos se miraron con cara de sorpresa, pero nadie dijo nada. Era el cumple de Trolli, le encantaban las lentejas... y el cumpleaños manda.

—Nos la comeremos luego. Ahora la voy a guardar en la nevera —anunció Rius, prudente.

Aquella era, sin duda, una gran ocasión. Todos reunidos sin que les persiguiera nadie, sin enemigos ni peligros, sin... Un momento... ¿Todos? ¿Seguro?

—¿Chicos, dónde está Mayo? —preguntó Trolli al notar la ausencia de su amigo—. ¿No ha venido?

—Le avisamos —informó Raptor—, pero no hubo respuesta.

—Y le buscamos por todas partes, ojo —añadió Invíctor.

—En realidad no ha habido manera de encontrarlo —dijo entonces Sparta—. Y lo hemos intentado.

—Sí —confirmó Rius—. Lo cierto es que nadie sabe nada de él. Un completo misterio.

—Qué raro —se extrañó Trolli—. Me habría gustado verle. Pues el caso es que yo le envié la invitación, como a todos...

—Muy raro, sí. ¿Comemos o qué? —protestó Mike, que ya se había zampado un par de serpentinas de papel de las que adornaban la cubierta.

—Un momento, espera —cortó Trolli, suspicaz—. Mike, ¿no te habrás comido tú la invitación de Mayo?

—¿Yo? Es lo más ofensivo que me han dicho nunca.

—Mike, que te conozco.

—Estoy muy triste. Solo comiendo algo se me pasará esta penita.

—Venga, chicos, da igual —intervino Rius—. Puede que Mayo se haya ido de viaje o tal vez esté ocupado con algo.

—Es verdad —exclamó el pequeño Sparta—. ¡Que empiece la fiesta de una vez!

Y eso es lo que hicieron. La celebración duró varias horas. Cantaron, comieron, se contaron chistes (no solo los de Timba, por suerte) y recordaron las aventuras corridas en los últimos tiempos.

—¿Os acordáis del diamantito? —preguntó Mike, que siempre se acordaba de aquella enorme gema.

—Ya lo creo.

—¿Y cuando nos fugamos de la cárcel de Alcutrez? —dijo Timba—. Eso sí que fue peligroso.

—No tanto como cuando nos persiguieron los dinosaurios en aquella montaña —observó Trolli.

—La verdad es que hemos corrido un montón de peligros.

—Sí, pero por suerte... ¡eso se terminó! —zanjó Mike la cuestión, muy satisfecho—. Os prometo que por nada del mundo volveréis a verme metido en aventuras.

Al caer la tarde, cuando el sol se encontraba ya muy cerca del horizonte, llegó el momento estrella del cumpleaños. Raptor entró en la cocina y regresó con la tarta de lentejas, bien fresquita. Timba la había adornado con un montón de velas.

—Como no recuerdo exactamente tu edad, he puesto todas las velas que he podido. Venga, Trolli, es hora de que las soples.

Timba había preparado este asunto de las velas con mucho cuidado. Había ido al bazar dos días antes para comprar unas velitas chulísimas que le llamaron la atención nada más contemplarlas en el escaparate. Eran grandes, de colores brillantes. Tanto le gustaron que entró y las compró sin preguntar... y sin darse cuenta de que las vendían en



la sección de artículos de broma. Bueno, Timba es un poco despistado y también es posible que las catorce horas que se había *esforzado* aquel día no hubieran sido suficientes. La verdad es que tenía un poco de sueño cuando las compró. Pero mereció la pena: quedaban preciosas sobre la tarta, y más aún a medida que las iba encendiendo.

—¿No huelen un poco raro? —preguntó Trolli, mosqueado.

—¡Qué va! Sopla de una vez.

—Vale, pero a mí me parece que...

—¡Espera, que eso no son velas! —exclamó Mike, al darse cuenta de lo que pasaba.

Por desgracia el aviso llegó demasiado tarde. Trolli se acercó a la tarta, se dispuso a soplar y, de pronto, las velas estallaron una detrás de otra. ¡No eran velas, sino bengalas! En cuestión de segundos una lluvia de chispas de colores y



tarta de lentejas inundó la cubierta del barco. Un trozo se le quedó pegado a Rius en el ojo bueno.

—¡Por todas las tormentas, no veo nada! —gritó, fastidiado.

Otro cacho le dio a Timba en mitad del pecho.

—Lentejas... Si quieres las comes y si no las dejas. ¡Vaya desastre!

Un tercer fragmento fue a volar hasta la boca de Mike.

—Mmmmmm, pues es verdad que no está nada mal la tartita —se relamió, tragando sin masticar.

El que tuvo peor suerte, por supuesto, fue Trolli, que era el que se encontraba más cerca de la zona cero. La cara se le quedó tiznada del humo, mientras que su elegante vestimenta quedaba cubierta de arriba a abajo por una pasta pegajosa de lentejas.

—¡Qué asco, cómo me he puesto!

—No es para tanto —dijo Mike, lamiendo los restos de tarta que le chorreaban por todas partes.

—¡Pero para de una vez, tragaldabas! Timba...

Trolli clavó los ojos en su amigo. Y Timba, avergonzado, se sintió culpable por el desastre. Bueno, es que era culpable.

—Yo... Es que eran una vela tan bonita —dijo, queriendo disculparse. Se sentía realmente mal.

—Tío, es que a veces no sé qué... —Trolli, la verdad, no sabía qué decir. Se había enfadado un poco, pero a la vez era consciente de la buena voluntad de su amigo. Y más con lo que le dijo a continuación.

—¡Te he traído esto! —exclamó Timba al tiempo que mostraba su regalo, envuelto en papel dorado. Esperaba que fuera suficiente para calmar a su enfadado colega.



Trolli miró el regalo que le ofrecía su viejo amigo y decidió que, a fin de cuentas, tampoco era la cosa para tanto. Solo había que lavar un poco de ropa.

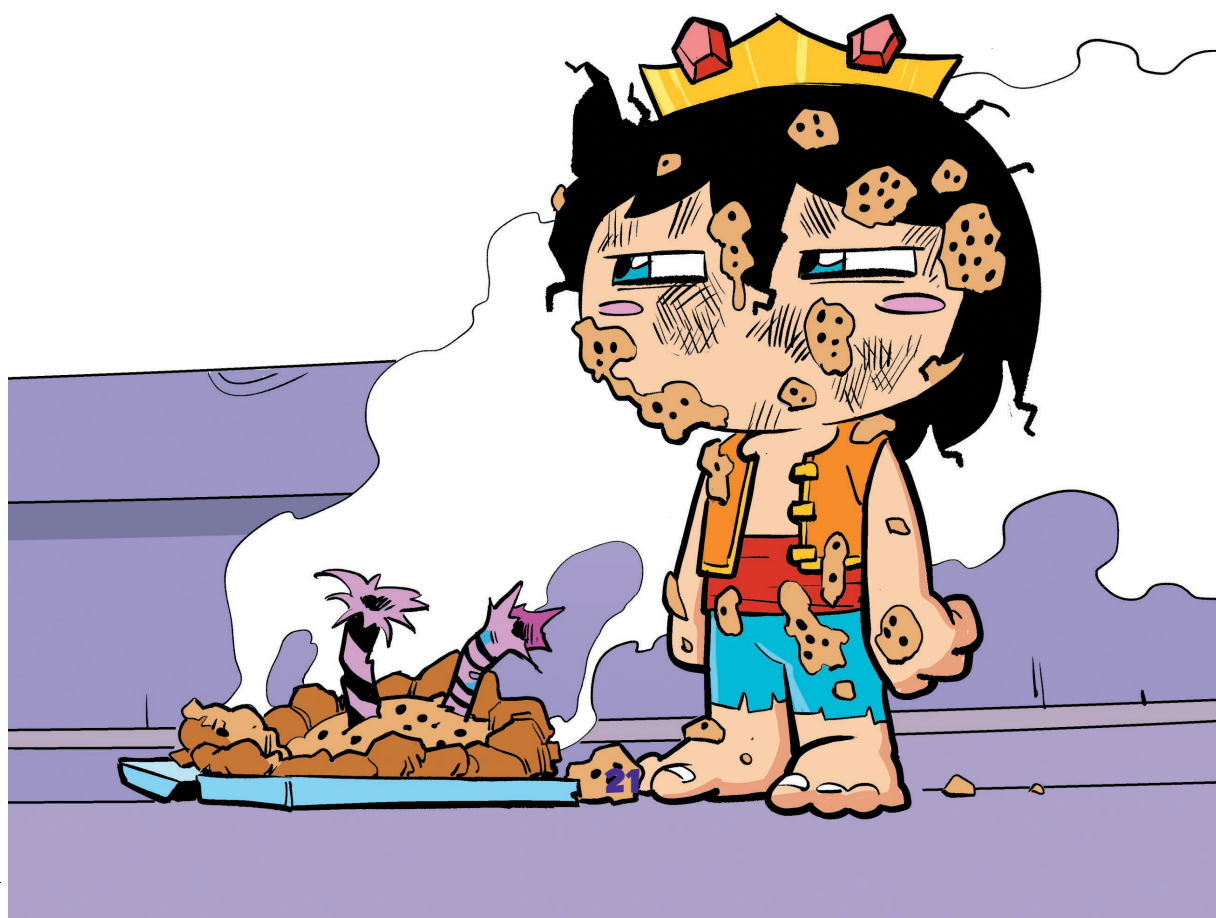
—Vale, no pasa nada —dijo, sonriente, mientras desenvolvía el paquete—. ¿Una vinagrera?

—Utilísima, Trolli. Y además es muy antigua.

—Pero si pone que está hecha en China... En fin, dame un abrazo.

—Feliz cumpleaños, Trolli.

A Mike y a los demás casi se les saltan las lágrimas. Momentos así son muy emotivos. El siguiente en dar a Trolli su regalo fue Mike. Un hueso, en concreto el favorito de su colección. Trolli no come huesos, pero agradeció el detalle porque en los regalos lo que importa es la intención.



Invíctor, Raptor y Sparta fueron los siguientes. Cada uno, con mayor o menor acierto, había tratado de encontrar algo que gustara a Trolli. Y este quedó muy satisfecho con las muestras de amistad que estaba recibiendo. La verdad es que los cumplidos molan cuando uno tiene tan buenos amigos.

Por fin llegó el turno de Rius, que estaba impaciente por entregarle su regalo.

—Aquí tienes —anunció el marinero—. Y es una cosa muy especial, algo que tiene mucho significado para mí. Espero que te guste.

Trolli abrió el envoltorio, hecho de papel de periódico. Rius no se había esmerado. Dentro de los papelotes había una caja de cartón. Y en su interior...

—¡No me lo puedo creer! ¡Es el medallón de Juan Espárrago!

Aunque ya había tenido ocasión de verlo antes, Trolli lo analizó con mucha curiosidad. La verdad es que se trataba de un objeto muy llamativo. Básicamente consistía en un disco metálico de unos doce centímetros de diámetro. Por una de sus caras mostraba el rostro malhumorado del antiguo pirata grabado sobre el duro bronce. Por la otra se desplegaba una serie de marcas incomprensibles en relieve: círculos concéntricos, barras diagonales y muchos símbolos raros. Algunos parecían números, pero el medallón estaba tan roñoso por los años que resultaba difícil leer nada. Trolli miró con aprecio el enigmático objeto.

—Es precioso, Rius, pero no puedo aceptarlo —dijo, considerando el valor que tenía para su amigo—. Este medallón significa mucho para ti.

—¡Bobadas a babor! Quédatelo, muchacho. Además... No es un medallón.

—¿Ah, no? ¿Y qué es entonces? —preguntó Timba.





- ¿Es para comer? —preguntó Mike.
- Nooooo —se sorprendió Rius.
- ¿Es de chocolate?, ¿lo puedo probar? —insistió Mike.
- Que nooo, *pesao* —cortó Trolli—. Como te lo comas te llevo al veterinario a que te vacune otra vez.
- Vale, vale. Me callo.
- Chicos, no es para comer ni es un medallón ni nada —intervino entonces Rius—. Es un astrolabio.
- ¿Unastroqué? —preguntó Mike.
- «Astrolato» a secas, sin el «un» —aclaró Timba.
- As-tro-la-bio —pronunció Trolli, con mucho cuidado.
- Es un antiguo instrumento de navegación —explicó Rius—. Hace siglos que no se usan, pero antes eran imprescindibles para orientarse en el mar. Servían para calcular la posición de los barcos a partir de las estrellas. Y para mu-



chas otras cosas. Se supone que esos circulitos y otras cosas deberían girar sobre su eje, pero no se mueve nada, aunque lo he intentado. Creo que es cosa del óxido.

—Yo quiero mirar por el *astrolato*. ¿Seguro que no se come?

—A mí me da un poco de sueño esto de los astros —bostezó Timba—. Creo que voy a *esforzarme* un ratito, en serio.

—Tiene una pinta muy rara —observó Sparta.

—¿Cómo funciona? —preguntó Invíctor, mirando a Rius.

—Aparte de que debería girar... no tengo ni la menor idea —contestó el marino—. Hoy en día se navega con GPS. Sin embargo... Este cacharro tiene una curiosa historia.

—... que nos vas a contar enseguida, ¿verdad? —observó Timba—. Creo que prefiero contaros un chiste de mi prima la coja.

—¡No, por favor! —suplicó Trolli—. ¡Que es mi cumple!

—Ya verás, si es gracioso de verdad. Resulta que va mi prima y le dice a su marido: «Manolo, que llevamos diez años juntos y nunca me has comprado ninguna cosa». Y responde Manolo: «Porras, ¿es que tenías algo a la venta?».

A todos les hizo gracia y Mike, como de costumbre, fue el que más se rio con las cosas de Timba. Así que se animó a contar otro.

—Ya que hay tanta caja abierta por aquí, os contaré un chiste de cajas. ¿Sabéis para qué va una caja al gimnasio?

—Ni idea.

—No, no lo sé.

—¡Pues para hacerse caja fuerte!

De nuevo todos rieron, aunque un poquito menos. Trolli, temiendo que Timba se lanzara a contar chistes sin parar, intervino con rapidez:

—Rius, cuéntanos la historia de esa maldición. Seguro que es superinteresante.

Y es que, puestos a escuchar historias, mejor una nueva.



